

niosa causticidad no carecia de peligro: el Jesuita obedeció; pero su obra, proscrita en España, no tardó en ser acogida en Londres y traducida al inglés y al alemán.

La Bélgica, tan fecunda en literatos y controversistas, solo ha producido un corto número de oradores, entre los que, como mas distinguidos, citaremos á los PP. Juan Coster, Cornelio Hazart y Enrique Engelgrave. En Alemania, donde el idioma, así como en Francia, no habia llegado aun á su complemento, los Jesuitas que se dedicaron á publicar sus discursos lo verificaron en latín. Guillermo Becan, Adam, Tanner, Matías Fabro y Gaspar Hirckman imitaron este ejemplo, mientras que Canisio, Juan Gans, Teodoro Dulman y Jorge Scherer, no quisieron ceñirse á semejante uso, por parecerles que de este modo solo se difundiria la doctrina entre los sabios; y adoptaron el idioma vulgar. Empero como este no se hallaba aun desbastado, sus obras llevan el sello de una elocucion tudesco-latina, al paso que sus ideas se resienten de la tortura en que las pusieron. El sacrificio nacional que hacian los Jesuitas de su amor propio de autores, vulgarizó en breve el alemán, y los PP. Francisco Neumayer, Luis Merz y Santiago Wurs no tardaron en elevarse al rango de los primeros oradores. Santiago Wurs, que habia estudiado y traducido á Bossuet, La Rue y Ciceri, desplegó en sus discursos una elocuencia tan enérgica y suntuosa, que sus compatriotas le comparan con Bourdaloue por su solidez, con Massillon por su elegancia, y con La Colombière por su persuasiva. Los PP. Jorge Forro y Jorge Caldi en Hungría, Estanislao Grodziez y Miguel Ginckiewicz en Polonia, emplearon tambien el idioma vulgar; pero en este último reino se habian dejado ver dos hombres que hacen época: los PP. Scarga y Casimiro Sarbieski, metódico al par que fogoso el primero, mientras que, engalanando el segundo su estilo con los mas brillantes coloridos, era á la vez orador y poeta.

En Francia debe igualmente la elocuencia sagrada su creacion á un hijo de Loyola. Es verdad que este reino habia contado, hasta la aparicion de Lingendes, poderosos oradores, tales como Cotton, Arnoux, Seguiran, Dinet, Suffren, Viger y Caussin; pero nadie mas que él poseyó el arte de coordinar sus planes, preparar sus pruebas, economizar las transiciones, variar el estilo, y dar al conjunto del discurso la forma que exclusivamente puede comunicar un sople de vida á las obras del ingenio. Antes de este

Jesuita habia contado la Francia en la Sociedad de Jesús y el clero hombres ardientes en la elocuencia: «pero no fueron oradores, según el sentir de Ciceron¹, sino unos operarios ejercitados en una grande facilidad de lengua,» que, en medio de la fogosidad de su mal gusto mezclaban lo sagrado con lo profano, y lo trivial con lo sublime. Dedicado Lingendes á reformar este abuso, tanto con el precepto como con el ejemplo, trilló el camino á Bossuet, Bourdaloue y Massillon. Cosa singular, sin embargo, todos los modelos que legó este Padre al púlpito francés fueron escritos en latín. No encontrando en el lenguaje nacional bastante pureza para desenvolver su pensamiento, ó temiendo tal vez sucumbir, como sus antecesores, al atractivo de ese estilo tan antiguo como matizado y fecundo, quiso exponer las verdades evangélicas con precision, al paso que usar con sobriedad de los resortes del terror y de la ternura que el púlpito ponía á su disposicion, y tuvo el insigne honor de ser á la vez el último de los oradores latinos, y el primero de los predicadores franceses. El P. Texier adoptó las reglas que habia expuesto Lingendes; viniendo á ser una rica mina que Bossuet y Bourdaloue explotaron mas de una vez. El piadoso La Colombière, amigo íntimo de Patrú, Santiago Giroust y Martin Pallú, que se habian tambien formado en la nueva escuela, se mostraron dignos de predicar al lado de Bourdaloue, su hermano en la Compañía de Jesús.

Por la exactitud de sus ideas, por la fecundidad de sus planes y el brillo de sus conceptos, que jamás se asemejan, Bourdaloue poseyó en alto grado el mérito del orador², comparado por Quintiliano con la estrategia de un general dirigiendo su ejército. Su nerviosa lógica no deja lugar á los sofismas ni á las paradojas; posee el arte de fundar nuestros deberes en nuestros mismos intereses; sabe transformar los menores detalles de las costumbres y pasiones en pruebas de su tema: la abundancia misma del genio no permite imaginar cosa alguna superior á sus discursos. Sencillo y noble á la vez, patético y terrible, reúne y combina todos los contrastes: Bourdaloue es el hombre, en fin, de quien pudo decir Bossuet: «Este hombre será eternamente nuestro maestro «en todo³.» Elogio sublime, que dispensa de cualesquiera otros.

¹ *Brutus*, 18, 83.

² *Instit.* lib. II.

³ *Elogio de Bourdaloue*, por el primer presidente Lamoignon.

Bourdaloue habia creado una escuela, que continuaron después los PP. Claudio La Rue, Honorato Gaillard, Timoleon Cheminais de Montaigu, Guillermo Segaud, Daubenton, de Orleans, La Pesse, Cathalan y Bretonneau. Verdad es que entre ellos existe un intervalo inmenso; puesto que mientras unos, como La Rue, conducen al mas alto grado el encanto y naturalidad de la expresion; otros, como Segaud y Cheminais, son notables por la suavidad y la energía: estos soldados de la palabra bajo el imperio de Bourdaloue, pasaron á ser sus reyes después de su muerte; pero este género de literatura ha debido decaer como todas las cosas humanas una vez hubo llegado á su apogeo. Los Jesuitas hicieron menos notable su caída; y bajo el reinado de Luis XV, vemos todavía al P. Claudio Frey de Neuville lanzar un gran reflejo de gloria sobre el púlpito. Cierto es que no se ve ya en él aquella sobriedad de pensamientos, aquel brillo reprimido que hace de Bourdaloue el maestro de los maestros: el énfasis ha sustituido á la sencillez; los neologismos ocuparon el lugar de las ideas, y cediendo los predicadores á la manía de su siglo, olvidan, como todos los retóricos de la Academia, la ingeniosa recomendacion de Quintiliano ¹ cuando dice: «Los oradores deben «mirar las palabras de una lengua como las monedas, cuya recepción es un gravámen cuando el pueblo no quiere pasarlas.» Llevado Neuville de este sistema, que en vez de enriquecer empobrece, ignoraba «que la conmiseracion, segun dice Tulio ², «debe ser poco duradera, puesto que nada seca mas pronto que «las lágrimas.» El Jesuita venia á ser el mensajero de las tristes nuevas, el consolador de los grandes infortunios; y esta expansion de tierna caridad que solicitaban las familias afligidas como un consuelo capaz de aminorar sus padecimientos, ha dado á sus sermones cierta tintura declamatoria, que se aproxima mas á la exageracion de Tomás que á la magnificencia de Bourdaloue. Mas si de vez en cuando se deja ver en el P. Neuville el falso gusto del retórico, este defecto inherente á su siglo fue indemnizado por los efectos de su elocuencia y por sus raptos de profunda sensibilidad. Los PP. Dufay, Pérusseau, Griffet, Le Chapelain, Bullondi, Cuny, Richard, Dessuaret, Perrin, Lenfant, y Beauregard, que, en una era de decadencia, supieron con Beauvais, obispo de

¹ *Instit.* lib. III.

² Cicero, *ad Herenium*, lib. II, 31.

Senez, y el abate Maury reanimar la elocuencia sagrada, vienen en pos de Neuville con el objeto de realizar lo que al mismo tiempo emprendia en Alemania el P. Francisco Hunnold.

Ya desde mediados del siglo XVIII habia perdido el púlpito tan gran parte de su prestigio, que escribiendo el cardenal de Fleury al de Tencin en 9 de febrero de 1740, le decia: «Lástima es «que los Jesuitas disminuyan en crédito, porque, á decir verdad, «ellos son los únicos defensores que tiene la Iglesia en la actualidad, como tambien los únicos predicadores que nos quedan.» Tal es el modo con que un contemporáneo de las grandezas de Luis XIV, el primer ministro del reino, que conocia decaer bajo su administracion todos los elementos del poder, que veia degenerarse la monarquía, y atacar al catolicismo, proclamaba á voz en grito, que en aquel abatimiento de los poderes, los Jesuitas eran los únicos que habian quedado en pié para combatir por medio de la instruccion y de la palabra.

Acabamos de bosquejar los trabajos intelectuales que consagró el Instituto al triunfo de la Religion; y sin embargo, no lo hemos dicho todo; existen aun una multitud de hombres honrados por la Iglesia y la escuela que se escapan á nuestra relacion, por lo difícil que se hace el reconstruir todo este glorioso pasado, designando á cada uno el puesto que debe ocupar. Empero, prescindiendo de esas obras destinadas al dogma, á la moral y á todas las cuestiones religiosas, otros Jesuitas se dedicaron á indemnizar á la literatura, ciencias y bellas artes, devolviéndolas el antiguo esplendor que las habian arrebatado tantas revoluciones seguidas. Hiciéronse historiadores, juriconsultos, astrónomos, matemáticos, poetas, viajeros y artistas, como antes se habian hecho controversistas, oradores, ascetas y teólogos; escudriñaron en los archivos ignorados aun de las naciones; remontáronse al origen de los pueblos y de las leyes; entregáronse al estudio de la cronología y geografia, é imprimieron en la historia una profunda huella en los sabios libros que dejaron, y que sirven todavía de modelos á los analistas que no han podido sobrepujarlos.

Los Jesuitas, como era natural, empezaron por escribir la historia de su Instituto, constituyéndose biógrafos ó panegiristas de los hombres apostólicos, santos y mártires que salieran de su seno. «Voltaire jamás será un buen historiador, decia Montesquieu, porque escribe demasiado para su convento.» Sentencia

que no deja de tener aplicacion respecto á los Jesuitas, cuando refieren las vidas de sus hermanos. Su narrativa viene á ser una piadosa veneracion que degenera en estilo admirativo, y que acepta sin discernimiento todo lo sorprendente que solo la Iglesia tiene derecho á hacer creer á los fieles. Como vivian en un siglo de prodigios, los veian multiplicarse en Europa y del otro lado de los mares, y dotados de aquella potencia de fe capaz de trasladar las montañas, escribieron bajo esta impresion. Apasionados unos en favor de uno de aquellos misioneros que arrastró en pos de sí las hordas salvajes, que llegó á dominarlas por el ascendiente de sus virtudes, y que murió por ellas y para ellas; y esforzándose otros, en sus meditaciones, á referir los acontecimientos que llenaron la existencia de Loyola y de sus primeros discípulos, combatiendo con el P. Fabro, ó disertando con Laynez y Salmeron, ó bien honrando las virtudes angélicas de Luis Gonzaga y Estanislao de Kotska; resultó de este entusiasmo, que comunicaron á sus novicios, una multitud de libros que han podido encantar á la piedad, pero que su lectura no ofrece á la imaginacion mas que una larga serie de elogios y de detalles íntimos.

No es este por cierto el objeto de la historia, porque esta debe ser imparcial; y si bien puede provocar la admiracion, no tiene jamás derecho á admirarse á sí misma. No tratamos de colocar á estos biógrafos en el catálogo de los autores graves y formales; ya porque la Orden de Jesús no ha necesitado echar mano de estos trabajos, digámoslo así interiores, para conquistarse en los estudios históricos un puesto que jamás la fue disputado, como porque los hay entre ellos que, aun aceptando los acontecimientos en que sus colegas tomaron parte, supieron armarse de una crítica imparcial. Orlandini, Sacchini, Juvency, Cordara, Possino, Franco y Bartoli, únicos historiadores en realidad de la Compañía, todos ellos, si se exceptúa el último, escribieron en latin sus anales. Pero al servirse del idioma eclesiástico, que, aun en Francia fue universal hasta la época del presidente de Thou, ignoraron, como este gran escritor, el arte de ser concisos: su inteligencia abrazaba un vasto horizonte, y quiso su pluma abrazarlo y expresarlo todo. Es verdad que no se observa en ellos ni la enérgica concision de Tácito, ni la rapidez elegante de Tito Livio; parecen aproximarse mas á Tucídides; pero sus obras, tan preciosas por la abundancia de los hechos, pecan por su conjunto. Se

pierde el lector, como en la de Thou, en lo insignificante de los detalles. Sin embargo, dejando á un lado este vicio de estructura, se encuentran á veces en ellas relaciones hermosas, vigorosos pensamientos y caracteres enérgicamente trazados. Bartoli, que se hizo el historiógrafo de Loyola, y que, como Orlandini y Sacchini, se consagró desde un principio á trazar los anales de su Orden, se ha colocado en otra esfera de ideas: sus antecesores ó sucesores escribian únicamente para el mundo instruido; él, con su genio italiano y con una savia inagotable, ha conseguido popularizar sus obras. No se deja ver en este Jesuita la gravedad del maestro que narra, que diserta y que instruye sin pretension; cualesquiera que lea á Bartoli se verá tentado á creer que su pluma se ha convertido en pincel: todo son panoramas, todo son cuadros para él. Si su ardiente imaginacion se complace en la narrativa que presenta, su estilo es á la vez animado y pomposo, abunda en riquezas y no se agota jamás. Es el improvisador en el lleno de su númen, pero un improvisador á quien el talento ha madurado, y que, seguro de sí mismo, jamás fastidia al lector. Juvency es mas fecundo, pero carece de la rapidez de Bartoli; conoce mejor á los hombres, y no los pinta tan bien.

La Sociedad de Jesús, que tenia sus historiógrafos, trató de suministrárselos á todas las naciones. Pallavicini escribió en latin su magnífica *Historia del concilio de Trento*, mientras Mariana legaba á la España una obra que le eleva al nivel de los maestros de la antigüedad. Mas no es sin embargo la *Historia de España* el libro que ha conquistado á este Jesuita su mas brillante celebridad. Su país le saluda todavía como el Tito Livio de la Península; la Europa entera ha transmitido á su literatura esta obra fecunda en bellezas; y con todo, el recuerdo de Mariana se perpetúa por otro libro que suscitó muchas acusaciones contra la Compañía de Jesús. Elegido el P. Mariana por Felipe II para inculcar al infante de España los deberes de los príncipes, publicó con este motivo una obra intitulada: *De rege et regis institutione*. En ella se dirigia el Jesuita á un soberano cuyo nombre ha pasado á ser casi sinónimo de déspota; y á pesar de todo, este monarca absoluto aprobaba y hacia leer diariamente al presunto heredero de la corona las teorías de regicidio que el alma republicana de este Padre exponia con una audaz elocuencia. Estas lecciones de historia, evocadas por un Jesuita bajo las mismas bóvedas del Escorial, for-

man un contraste tan extraño, que, para que se vea la diferencia de opiniones y épocas, creemos del caso deber citar un pasaje. Hé aquí los términos en que se expresa¹:

«¿Qué vendrá á ser, me diréis, del respeto y veneracion que se debe á los príncipes, sin los cuales no puede existir ningun imperio, si llegasen á persuadirse los pueblos de que les está permitido el juzgar los delitos de los que los gobiernan? En ese caso no faltarán pretextos, verdaderos ó falsos, para turbar la tranquilidad del Estado, beneficio superior á cuantos hay; y una

¹ «Qui autem reverentia erga principes (sine qua quid est imperium?) constabit, si fuerit populis persuasum fas esse subditis principum peccata judicare? Veris saepe aut assimilatis causis reipublicae tranquillitas, qua nihil praestantius est, turbabitur, omnesque calamitates seditione facta incurrent, parte populi in partem armata. Quae mala qui non existimabit esse omni ratione vitanda, ferreus sit communi aliorum hominum sensu defectus. Sic disputant qui tyranni partes tuentur. Populi patroni non pauciora neque minora praesidia habent.

«Ab omni memoria, consideramus, in magna laude fuisse quicumque tyrannos perimere aggressi sunt. Quid enim Thrasybuli nomen gloria ad coelum exivit, nisi gravi triginta tyrannorum dominatu patriam liberasse? Quid Harmodium et Aristogitonem dicam? Quid utrumque Brutum? Quorum laus gratissima memoria posteritatis inclusa, et publica auctoritate testata est. Multi in Domitium Neronem conspirarunt, conatu infelici, sine reprehensione tamen, ac potius cum laude omnium saeculorum. Sic Caius Cherea conjuratione periit, monstrum horrendum et grave; Domitianus, Stephani; Caracalla, Martialis ferro occubuit. Praetoriani Heliogabalum peremerunt, prodigium et dedecus imperii, ipsiusmet sanguine expiatum piaculum. Quorum audaciam quis umquam vituperabit, ac non potius summis laudibus dignam duxit? Et est communis sensus quasi quaedam naturae vox mentibus nostris indita, auribus insonans lex qua à turpi honestum discernimus.

«An dissimulandum iudices? An non potius laudes, si quis vitae suae periculo publicam incolumitatem redimet?... Matrem carissimam aut uxorem si in conspectu vexari videas, neque succurras cum possis, crudelis sis, ignaviaeque et impietatis reprehensionem incurras: patriam, cui amplius quam parentibus debemus, vexandam, exagitandam pro libidine tyranno relinquant. Apage tantum nefas, tantaque ignavia. Si vita, si laus, si fortunae periclitandae sint, patriam tamen periculo, patriam exitio liberabimus.

«Miseram plane vitam (tyranni) cujus ea conditio est ut qui occiderit, in magna tum gratia, tum laude futurus sit! Hoc omne genus pestiferum et exitiale ex hominum communitate exterminare gloriosum est. Enim vero membra quaedam secantur, si putrida sunt, ne reliquum corpus inficiant. Sic ista in hominis specie, bestiae immanitas à republica tamquam à corpore amovenda debet, ferroque excindi. Timeat videlicet necesse est, qui terret: neque major sit terror incensus quam metus susceptus.» (Joannis Mariana ex Societate Jesu. De rege et regis institutione libri tres. Lib. I, pág. 56, 64).

«vez introducido el desorden, arrastrará este en pos de sí toda especie de calamidades, cuando una parte del pueblo tome las armas contra la otra. De esto se sigue, que el hombre que no juzgue que se deben emplear todos los esfuerzos posibles para evitar tamaños desastres, ó abriga un alma de bronce, ó carece de sentido común. Hé aquí cómo discurren los que patrocinan la causa de los tiranos. Pero los defensores del pueblo les oponen otros argumentos, que no ceden en número ni fuerza á los primeros:

«Vemos, dicen, que en todas las épocas han sido colmados de elogios los que han atentado contra la vida de los tiranos. Y si no ¿cuál fue la acción gloriosa que elevó hasta las nubes el nombre de Trasibulo, sino el haber libertado á su patria del dominio cruel y despótico de treinta tiranos? ¿Qué diré de Harmodio y Aristogiton? ¿Qué de ambos Brutos, cuyo gratisimo elogio no solo permanece indeleble en la memoria de la posteridad, sino que se halla justificado por la autoridad pública? ¿No conspiraron infinitos contra la vida de Domicio Neron? Y á pesar del mal éxito de su tentativa, ¿han incurrido por ventura en la acriminacion pública? antes bien ¿no merecieron la alabanza de todos los siglos? ¿No visteis sucumbir á Calígula, ese monstruo horrendo é insoportable, arrebatado por la conjuracion de Chereas? ¿No fue la tramada por Esteban la que arrebató á Domiciano el trono y la vida? ¿No fue la espada de Marcial quien cortó á Caracalla el hilo de sus dias? ¿No asesinaron los pretorianos al emperador Heliogábalo, prodigio de horror y deshonra del imperio, haciéndole expiar sus crímenes en su propia sangre? Y ¿quién se ha propasado jamás á vituperar su atrevimiento? ó mejor dicho, ¿quién ha dejado hasta ahora de proclamarlo digno de los mayores elogios? Tal es, en efecto, el juicio que nos dicta el sentido comun, que es, así como la voz de la naturaleza que habla á nuestras almas, una ley que resuena en nuestros oidos, y nos enseña á distinguir lo justo de lo que no lo es.

«¿Creéis que se tienen que tolerar los excesos de la tiranía, y que no se debe alabar al que procura la salvacion de su patria aun á riesgo de su propia vida? Si viérais ultrajar en vuestra presencia á una madre querida ó á una esposa vuestra, y pudiendo socorrerlas no lo hiciérais, ¿no incurririais en la nota de

«bárbaro, y no tendría cualquiera un derecho á tacharos de cobarde y desnaturalizado? ¿Cómo, pues, podréis tolerar que un tirano cualquiera oprima á vuestra patria, mas acreedora sin duda á vuestros desvelos que todos los parientes, permitiendo que la tiranice á merced de su capricho? ¡Léjos de vos tanta injuria, tamaño delito! ¡Perezca la existencia! ¡húndase nuestra fortuna! ¡sepúltese nuestra gloria! pero si peligra la patria, sacrificuémoslo todo por salvarla¹.

«¡Seguramente que la vida de un tirano es bien miserable! puesto que el que atenta contra ella puede estar seguro de ganarse el favor y los aplausos de todo el mundo. Y efectivamente, es una accion meritoria el exterminar esa raza de hombres perniciosos y funestos á la sociedad; porque si se cortá un miembro gangrenado por temor de que infeste lo restante del cuerpo, con mayor razon se debe separar del cuerpo de la república á esa fiera sanguinaria con semblante humano. ¡Tiemble, pues, el hombre que se proponga dominar por el terror! ¡Tema no sea mayor el que le impongan que el impuesto por él!»

Mientras que Mariana daba á los reyes estas terribles lecciones, que pesarán eternamente sobre su memoria como una acusacion de regicidio, sondeaban otros Jesuitas el abismo de lo pasado, ó narraban los acontecimientos contemporáneos. Pedro Maffei, el amigo de Gregorio XIII y de Felipe II de España, componia su *Historia de las Indias*, cuya entrada tiene algo de sublime; Damian Estrada narraba en un latin tan castizo como el de Mariana las *Guerras de los Países Bajos* desde la muerte de Carlos V, y Horacio Turselini daba á luz su *Compendio de Historia universal hasta el año de 1598*, el cual inspiró el *Discurso sobre la Historia universal* del célebre Bossuet. El Jesuita que la concibiera no pudo llevarla á cabo por carecer de los elementos necesarios de crítica y cronología; pero si necesitaba una mano mas diestra, no tardó en encontrar la del obispo de Meaux. El P. Juan Machault refutaba á de Thou; pero su libro, lleno de curiosas observaciones, no pasa de ser una virulenta sátira, y no es este el mejor medio de dar á conocer la verdad.

¹ Aquí establece Mariana la célebre distincion entre el tirano de usurpacion y el de posesion; cuestion que ya hemos tratado en el capítulo de la Liga, y que no queremos reproducir, contentándonos con dar á conocer la elocuencia tribunicia de este ingenio.

A contar desde esta época, los Jesuitas parecen entregarse con mas fervor á los estudios históricos. El P. Daniel escribe su *Historia de Francia* y la de la *Milicia francesa*, fruto de la erudicion, de la conciencia y del talento. Sin pretender este Jesuita acomodar los hechos á la conveniencia de una utopía ó de un sistema, puesto que no tiene mas que uno, y es el de ser siempre claro, razonable y moderado, no presta á la historia esos vivos coloridos sacados de la novela, ni exige de la imaginacion que sostenga su marcha á través de los sucesos; antes camina siempre con la calma de la verdad y de la exactitud. De Avrigni, en sus *Memorias cronológicas y dogmáticas* y en sus otros *Trabajos útiles á la Historia universal de Europa desde el año de 1600 hasta el de 1716*, posee todas las cualidades de Daniel; pero no ha sabido guardarse de algunos rasgos satíricos: De Avrigni era francés, y lo demuestra frecuentemente por su demasiada parcialidad.

Los historiadores se hallan continuamente expuestos á los tiros de la opinion. Daniel, que habia legado á la Francia una relacion verídica de sus proezas, calamidades y costumbres antiguas, fue severamente juzgado por los que siempre han gustado hacer de la historia el pedestal de sus ideas ó de sus pasiones. Asegurando unos que los Jesuitas, y especialmente el P. Daniel, no habian examinado nunca los hechos con la antorcha de la filosofía, y que no veian do quiera mas que ejércitos, reyes, príncipes y clero; y quejándose otros de que no se han dignado penetrar el caos de los imprescriptibles derechos de la nacion, acriminaron de consuno á estos autores, porque, cual ellos, no amoldan los hechos á las exigencias de sus sistemas. Los PP. Daniel, Baugeant, Longueval, Brumoy y Berthier no procedieron de este modo, porque no abrigando en sus corazones otra ambicion que la de exponer la verdad, hablaron con arreglo á lo que existia, y no segun sus ensueños ó esperanzas. Verdad es que la obra era de por si bastante ardua, pero ellos se creyeron dispensados de introducir como un elemento la preocupacion del dia, ó la opinion dominante. Al historiador no se le piden cuadros convencionales, teorías filosóficas, constitucionales, socialistas, nacionales ó humanitarias; exigenle acontecimientos, pocas pero juiciosas reflexiones, retratos sabiamente delineados; una apreciacion imparcial de los caractéres, costumbres y negocios, un apego, en fin, á lo verdadero, como el que albergaron en su alma Daniel y sus imitadores.

Este será siempre el mas bello elogio que pueda tributarse á los historiadores. Después de transcurridas un gran número de revoluciones, sus obras sobreviven aun, mientras que el olvido ha devorado otras que brillaron con mas esplendor.

En tanto que ambos Jesuitas se ocupaban en erigir á la Francia un monumento, Santiago Longueval, individuo del mismo Instituto, que consagró su existencia á la creacion de otro mas difícil, sentó los cimientos de la *Historia de la Iglesia galicana*. Sucumbió á la fatiga; pero habíale dado tan buen principio, que no tardaron en presentarse unos tras otros los PP. Fontaney, Brumoy y Berthier á consagrar á este inmenso trabajo el tributo de sus vigilias. Longueval habia dejado escritos los primeros volúmenes; sus sucesores continuaron la historia con el mismo acierto y prudencia, trazando en un estilo lleno de vigor y pureza los combates, glorias y virtudes de la Francia clerical. Cási en la misma época publicaba el P. Javier de Charlevoix la *Historia de las nuevas cristiandades* que los Jesuitas conquistaban para la Cruz. El Japon, el Paraguay, la isla de Santo Domingo y el Canadá hallaron el segundo Tácito de sus supersticiones gentílicas y de su abnegacion cristiana. Francisco Cotron daba á luz su *Historia general del imperio del Mogol*, ocupándose de consuno con el Padre Rouillé de la del imperio romano. El P. Borgia-Keri escribía la *Historia de los emperadores de Oriente, desde Constantino hasta la caída del bajo imperio*, y terminada esta obra emprendía la *Historia de los emperadores otomanos*, cuyo continuador se hizo el P. Nicolás Schmidt.

Realizando Juan Bautista Halde en favor de la China lo que Charlevoix emprendiera en favor de otros pueblos, redactó su *Descripcion histórica, geográfica y física del imperio Chino y de la Tartaria chinesca*, edificio colosal y asombroso, ante el que se inclinan todavía los literatos; y asociándose con otros Jesuitas, publicó sus *Cartas edificantes*. Este hombre tan profundamente erudito, que podia y debia quizás, por el interés de la Religion y de la ciencia, no distraerse de sus ocupaciones, y que como todos los escritores, tenia sin duda un cariño extraordinario á sus estudios privilegiados, renunció á él, sin embargo, para clasificar esa correspondencia, que venida de todos los puntos del globo, iba á ilustrar al mundo acerca de unos pueblos, cuyas costumbres le eran tan desconocidas como su idioma. Du Halde se hizo el mo-

desto editor de este repertorio, por medio del cual unos misioneros, tales como Laynez, Tachard, Bouchet, Bourzes, Fontaney, Sicard, Parrenin y Gaubil, absortos siempre en las atenciones de su apostolado, iniciaban á la Europa en sus descubrimientos. Era aquello la historia pintada al natural, era la ciencia lanzada sin pretensiones, y aun sin esperanza de que los hechos referidos en ella pudiesen un dia ser ofrecidos á la publicidad. Entre esta multitud de cartas dirigidas unas á los Padres de la Compañía, y á varios literatos otras, vemos las del hermano Attiret, que se correspondia familiarmente con el duque de Orleans.

Las *Cartas edificantes y curiosas* tuvieron, como todas las obras de duracion, sus entusiastas y despreciadores; pero han sobrevivido á estos sentimientos tan opuestos, porque describian costumbres reales y padecimientos todavía mas efectivos.

Al lado de Charlevoix y del P. Halde aparece el Jesuita José de Orleans¹, recordando las desgracias que hicieron mayor eco en Europa, desarrollando las *revoluciones de Inglaterra y de España*, y pintando con grandiosos y elevados rasgos los desastres causados por el fanatismo protestante. Luis Laguille, uno de los negociadores secretos del congreso de Basilea, hace la *Historia de la Alsacia antigua y moderna*, mientras Jacinto Baugeant, diplomático consumado, y á quien admirará el príncipe Eugenio, analiza en su *Historia del tratado de Westfalia* las reglas de los encargados de negocios² y los deberes de un general de ejército. Enrique Griffet reúne los *materiales necesarios para servir á la Histo-*

¹ Léese en una *Memoria histórica sobre el ducado de Berry*, por Mr. de Bengy-Puyvallée, la siguiente anécdota:

« El célebre P. Orleans, Jesuita, natural de Bourges, donde nació en 1641, descendía de una de las casas mas considerables y distinguidas de la provincia. Refiérese que habiéndose hallado este Padre en presencia del duque de Orleans, hermano de Luis XIV, le dijo aquel sonriéndose: *Llevamos un mismo apellido, y pudiéramos tal vez ser parientes, porque acaso descenderéis de algun bastardo de la casa de Francia.*— No tengo el honor de perteneceros, monseñor, le contestó el Jesuita modestamente: *la casa de Orleans, cuyo apellido llevo, existia trescientos años antes que hubiese pensado en llevarle ningun príncipe de la casa real;* » y lo que decia era la pura verdad.

² « Un sugeto que ha pasado honrosamente por los negocios, un antiguo ministro de Negocios extranjeros, indicaba como una de las lecturas mas necesarias á un diplomático la *Historia del tratado de Westfalia*, del Jesuita Baugeant. » (*Asociaciones religiosas*, por Mr. Carlos Lenormant, miembro del Instituto de Francia, pág. 42).